

UN TALLER MUSTERIENSE EN EL PANTANO DE IZNAJAR

EN nuestras frecuentes entrevistas con don Juan Bernier, no es precisamente la problemática del estudio e investigación de los primeros momentos históricos y prehistóricos de esta tierra, lo que con mayor incidencia se ha dado en nuestras conversaciones y cambios de pareceres, sino son los tiempos más lejanos y oscuros en el devenir de la humanidad lo que siempre nos ha embargado y lo que con mayor atractivo ha acaparado y embelesado nuestro interés científico.

Hace unos días, un buen amigo de Lucena, don Juan Ruiz, nos hablaba de la existencia de un probable yacimiento ibero-romano en la llamada "Isla" del Pantano de Iznajar, y que como las enigmáticas tierras del Delta del Nilo aparecen y desaparecen según las estaciones del milenario Egipto. Este asentamiento, según nos contaba, conservaba aún sus potentes y enormes torreones cuadrangulares defendiendo las partes más vulnerables del hábitat, y dando una mayor solidez a los múltiples anillos de muralla que lo circundan y protegen.

Sin embargo, he de ser sincero, pese a remachar en nuestras preferencias prehistóricas, que el móvil que nos llevó a acometer esta nueva empresa fue la sospecha y las conclusiones que en anteriores diálogos habíamos llegado con Bernier sobre la posibilidad de existencia paleolítica en todas estas terrazas de los más importantes ríos de nuestra geografía cordobesa.

El día elegido, fue un claro y frío domingo de finales de noviembre que nos deparó uno de los más importantes descubrimientos de nuestras investigaciones. En efecto, cuando apenas habíamos dejado Rute y sus deliciosos y reconfortables aguardientes que Fernando Moreno no pudo degustar debido a la fuerte resaca arrastrada de la noche anterior, seguimos la carretera hacia el pantano que baja serpenteando las bruscas pendientes oligocénicas hacia la depresión del Genil.

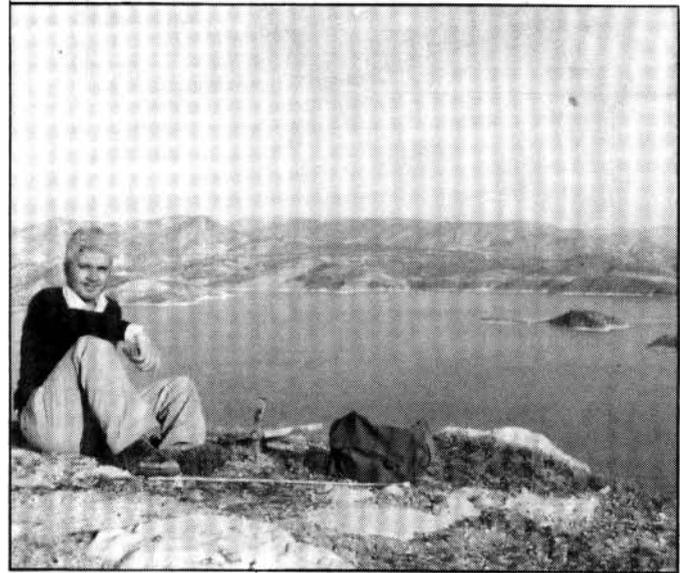
Las tímidas primeras luces de la mañana desentrañaban las últimas brumas de la noche que humedecían y helaban nuestro rostro y enseres en mayor intensidad a medida que nos acercábamos al pantano.

Después de caminar unos 200 metros, por tierras que de una manera periódica permanecen sumergidas o bien en largos periodos de tiempo lluvioso que pueden ser de varios años, el panorama que nos ofrecía era desolador: cadavéricos troncos de olivo que se retorcián en un paisaje lunar, frágiles y resacas retamas que se bamboleaban ante el sùtil e hiriente airecillo de la mañana. Pero muy pronto, apenas dejados los cimientos de la abandonada ermita de la sumergida aldea de El Pamplinar, y remontando unas suaves lomas de cantos, morrenas y lodo de arrastre, ¡he aquí! que de improviso los dos hábiles y certeros rastreadores de nuestro equipo, Fernando y Gregorio, dieron con la primera huella de lo que nos habíamos propuesto encontrar; no obstante, estos primeros sílex gris claros y otros más oscuros hallados al pie y remontando las colinas, no nos decían gran cosa respecto al material que componía el suelo autóctono de color ocre-amarillento. La duda se nos despejó, a los pocos minutos, cuando ya empezaron a aparecer grandes fragmentos de sílex de tonos melados que en muchos de ellos podíamos apreciar con claridad que habían sido tallados intencionadamente; se tratan muchos de ellos de posibles utensilios de tradición Musteriense, y que muy bien podríamos fecharlos alrededor de los 40.000 años de antigüedad, mientras que los grisáceos encontrados más próximos al antiguo cauce del Genil eran sin lugar a dudas material de arrastre de otros talleres aguas arriba, y que por su talla, algunos de ellos, nos recordaban los epineolíticos de la Fuente de El Carmen (Zuheros) con una antigüedad aproximada de unos 6 a 10.000 años.

Durante casi un kilómetro rastreando por tierras inhóspitas fuimos encontrando material de este sílex melado, nódulos, lascas talladas, fragmentos de desecho... hasta llegar a la base del cerro de la Isla, que desde que empezamos a descender por las laderas del

pantano lo veíamos levantarse entre las aguas como un majestuoso y soberbio iceberg en forma de cono truncado.

Antes de iniciar el ascenso dimos con otro hallazgo, que si bien para nosotros no iba a ser de mucho interés, no por ello quiero restarle la importancia que para los estudiosos de la romanización pudiera suponer. Se trataba de una tumba de plomo destrozada y excavada por algún clandestino, y con los fragmentos de las grandes "tégulas" desparramadas por un radio de unos 2 o 3 metros. A partir de entonces los fragmentos cerámicos sustituyeron bruscamente a los sílex, y las encontrábamos en mayor proporción las pintadas con motivos geométricos (bandas, círculos, líneas en zigzag... en color rojo) y algunas otras grisáceas.



Ya coronando el cerro, comenzaron a aparecer en tramos interrumpidos algunos lienzos de muralla muy destruidos y que apenas afloraban de la ladera poco más de un metro. En la cumbre era fácil adivinar que una nueva ciudad ibérica había sido saqueada, destruida e incendiada; "las terras sigillatas", "las cerámicas comerciales", las "tégulas", etc. eran una clara muestra de este cambio de cultura, de esta imposición de poderes. El romano había vuelto a establecer por la fuerza de su ley, su cultura, su lengua a los pueblos más débiles.

Todo el día transcurrió en desambular por la meseta y laderas del nuevo yacimiento, en la búsqueda de alguna muestra que remontara la antigüedad del poblado unos siglos más, pero el milagro no se produjo y sí en cambio recogimos algunos trozos de cerámica vidriada que aseguraba la perduración del hábitat hasta los tiempos medievales como mínimo. Ello vino a corroborar el nombre del asentamiento "La Mezquita" que nos facilitó un buscador de espárragos, buen conocedor de aquellos parajes, momentos antes de abandonar el cerro.

Al regreso, aprovechamos tanto las horas de la tarde en el asentamiento histórico, que pese a nuestra ilusión por recoger nuevos materiales paleolíticos, nos fue ya prácticamente imposible pues la noche cayó como de improviso tiñendo el paisaje de inmensas sombras húmedas y frías.

Rute, ya quedó atrás, pero prometimos volver pues las muestras de este taller "musteriense" no podían quedar sumergidas y olvidadas durante otras largas estaciones lluviosas para nuestro estudio e investigación.